

PELOTARIS CÉLEBRES.



TANDILERO.

Luis Samperio, á quien la prensa de Buenos-Aires llama «el zaguero insuperable», me escribió á fines del año pasado, en cuanto llegó á la capital de la república Argentina, una carta en la cual habia un párrafo concebido, poco más ó menos, en los términos siguientes:

—Al llegar aquí, me encontré con dos jugadores zagueros que me han asustado: Tandilero y Larralde. No valgo nada al lado de ellos...

Conozco, como pocos quizá la modestia, la discrecion y la belleza de alma de Samperio; y cuanto á su maravillosa habilidad de pelotari, esa la conocen y saben apreciarla mejor que nadie sus compañeros, que, *nemine discrepante*, le proclaman el zaguero más fuerte, más mañoso y más elegante que existe en la actualidad.

Para que Tandilero y Larralde asustasen á Samperio era, pues, preciso que ambos reunieran condiciones excepcionales de todo punto, una maestría sin igual; maestría tanto más notable, en lo que atañía á Tandilero, cuanto indicaba repentina adquisicion, dadas la edad y el nombre, escasa aquella é insignificante éste, que tenia Pedro Echeverría al marcharse á jugar por primera vez á Buenos-Aires, hace dos años.

Cuando terminó, en Mayo último, la temporada de verano en aquella capital, vinieron á España dos jugadores que conocíamos todos: Irún y Portal, y cuatro que nos eran desconocidos como pelotaris de primera: Muchacho, Tandilero, Pasieguito y Larralde.

De estos cuatro se contaban maravillas. Samperio me hablaba también en términos entusiastas de Muchacho, en la carta que he citado antes, y, con respecto á Pasieguito, díjome Irún que nadie manejaba la cesta como él, añadiendo, para probar su aserto, que enganchaba de bote pronto la pelota y la mandaba á buena desde los diez y los doce cuadros.

Desgraciadamente, Pasieguito y Larralde venían con el brazo caído, á consecuencia de la rudísima campaña de Buenos-Aires. Quedaba, pues, solo Tandilero, como jugador de atrás, cuando D. Cándido Lara escribió para inaugurar el fronton de Madrid, en Junio último, á los cuatro pelotaris que han dejado este año en España tan gratos recuerdos.

Los ví jugar juntos en San Sebastian á fines de Julio, Irún y Portal—ya lo he dicho antes—eran antiguos conocidos; la novedad estaba en Tandilero y Muchacho, en el primero, sobre todo, para mí, en vista de los informes de Samperio.

Muchacho venció inmediatamente; su debut fué brillantísimo y le captó las simpatías de todos los aficionados.

Tandilero no fue tan feliz; comenzó flojo, huyendo de la bolea, no castigando, no extendiendo, no colocando, frío, sin sangre, abandonando el juego por no molestarse en correr, esperando buenamente la pelota; sin anticiparse á ella buscándola con afán. Trajo pelotas difíciles, dió buenos reveses aire y perdió los cuatro ó cinco primeros partidos.

Me acordé de la carta de Samperio, seguro de que éste no me engañaba, y esperé. No tengo por qué arrepentirme; un boceto literario de Pedro Echeverría, escrito bajo la influencia de las primeras impresiones hubiera sido prematuro desde luego, é injusto además.

Hay jugadores como Elicegui, Muchacho, Portal, Irún, el Manco, á quienes se conoce pronto, y otros como Beloqui, Samperio, Gamborena, que hay que estudiar detenidamente, en una série de partidos, para apreciarlos en todo su valer. Tandilero es de estos y por eso llega retrasado á la coleccion.

Sus compañeros le llaman generalmente Tandil, nombre de una poblacion cercana de Buenos-Aires, donde los padres de Echeverría guipuzcoanos ambos, se hallaban establecidos cuando nació, el 13 de Julio de 1871, el renombrado pelotari.

La herencia natural ha hecho jugador á Tandilero. Un tío suyo,

Ignacio Echeverría, hermano de su padre, llamó la atención extraordinariamente, hace treinta años, como pelotari de poderosa inteligencia, maestro en todos los juegos, trinquete, largo, rebote, ble, en los cuales lució su habilidad con unánime aplauso.

Todos conocemos por aquí y hemos aplaudido muchas veces al padre de Tandilero, Tomás Echeverría, gran trinquetista, poco menos que invencible y gran remontista también, jugador nervioso, lleno de sangre, listo, hábil, intencionado, empeñoso y fuerte, que echaba el alma en los partidos y embestía á la pelota como un toro, lo mismo cuando apostaba cantidad crecida que cuando jugaba un cigarrillo de papel.

Hace pocos meses que desafió á trinquete á los dos mejores franceses que se presentaran y nadie, hasta ahora, ha aceptado el reto de Tomás.

Cuando volvió de la América del Sur con su familia, construyó en Irún un trinquete, donde vive aún y han residido este verano Muchacho y Tandilero.

Pedritc—que así se llamaba entonces y llaman hoy muchos á Tandil—estudió con gran aprovechamiento la carrera de comercio, durante cuatro años, en el colegio de San Luis, de Irún, y obtuvo la nota de sobresaliente en Bilbao en las tres asignaturas que le exigieron para ingresar en aquella escuela de comercio.

Todo esto no impedía al futuro Tandilero seguir con gran atención á los jugadores de pelota que lucían su habilidad en el trinquete de su padre, y cantar, con clarísima y robusta voz que deleitaba al público, los tantos de los partidos.

De cantar los tantos á empuñar el guante y jugar, habia muy pocos pasos. Comenzó Pedrito á jugar bajo la dirección de su padre, y tal maña se dió y realizó tales progresos, que no tenía sino trece años cuando tomó la alternativa, con los mejores trinquetistas, en la cancha paterna.

El furor pelotístico de Buenos-Aires hizo á Tandilero cambiar el guante por la cesta. Tenía muchísimo adelantado con ser desde luego buen jugador de trinquete; así es que cuando pasó, en 1887, á ejercitarse con la chistera en el Jai-Alai de San Sebastian, fuéronle suficientes cuatro meses y medio para adquirir una seguridad que llamó en seguida la atención del encargado de las canchas bonaerenses para la contrata de pelotaris, el cual escribió inmediatamente á Echeverría y se lo llevó á Buenos-Aires.

Tal es la historia de Tandilero, del inseparable compañero de Muchacho, con el cual forma una pareja admirable, «la yunta americana», como los llaman á los dos en Buenos Aires, donde se abusa, por lo que se vé, del eufemismo.

Y, en verdad, es difícil hallar dos pelotaris que se unan tan bien, y tan bien se entiendan y formen tan atractivo contraste. Recuerdan ambos á Mardura y Baltasar, á Elicegui y Samperio, y á Recondo é Irún, tres parejas superiores, en las cuales se realizaba el ideal de la lucha moderna: la perfecta inteligencia entre el zaguero y el delantero.

Hay, sin embargo, en Muchacho y Tandilero una circunstancia notable, que por sí sola forma un aliciente original: el contraste de los caracteres, doble contraste, puesto que existe previamente el de los juegos.

Ya he dicho en estas mismas columnas lo que es Muchacho: un azogue. Tandilero es lo contrario: la calma, el sosiego, la imperturbabilidad.

Muchacho sigue á la pelota como un lebre; Tandilero la espera, como el árabe espera al enemigo, sentado en los umbrales de su tienda.

Aqué es el aturdimiento, éste la reflexión. La herencia natural se ha bifurcado por la línea paterna, y el hijo es, por el movimiento de la sangre y la viveza de los nervios, la antítesis del padre.

No se ha caído nunca en el fronton, y, hace pocos días, decíame con su reposo habitual:

—He solido jugar en Buenos-Aires cinco partidos con un par de alpargatas.

—¡Lo creo!—le contesté, y contestarán seguramente todos los que se fijen en el modo de jugar de Tandilero.

Alto, no muy grueso, con largas extremidades, poco busto y una cabeza diminuta, la cara se congestiona á los comienzos del partido y da á la figura del pelotari, rígida y desproporcionada, aspecto de disco rojo de estacion, mientras su continente aññado le hace semejar á un inglés adolescente, tímido, ruboroso, á quien acaban de imponer severo correctivo.

Su largo brazo es palanca formidable, y la inteligencia excepcional de Tandilero proviene de un cálculo matemático: defender á todo trance el flaco de la resistencia.

Este es su defecto capital; defecto inevitable, que proviene de la

escasez de años y de la complexion del célebre pelotari. Todo el empeño de Pedro Echeverría es, por lo tanto, equilibrar el gasto de fuerzas que representa un partido; así es que, donde Muchacho desprecia los intereses y juega siempre con el capital, Tandilero emplea los intereses y no arriesga el capital sino en los trances apurados.

Sabe que correr es cansarse, y corre poco; sabe que dar de arriba, de sobre brazo, es gastar la articulacion y exponerse á una desgracia, y da de costado, de medio brazo empleando su tremenda palanca y haciendo uso de la fuerza muscular; avisa poco al delantero, y á veces tarde, y hay en su estilo una helada correccion, la tiesura del diplomático, el método experimental aplicado á la pelota, la ciencia en el fronton.

Tiene Tandilero vista de lince para levantar los saques, lo mismo los cruzados, por violentos que sean, que los de pared ancha, que son terribles por el efecto que lleva la pelota; tiene admirable muñequeo, que le permite mandar á buena la pelota, medio remontada, desde los últimos cuadros; castiga terriblemente de revés y de bolea; maneja la cesta con gran ductilidad; rectifica en dos segundos una postura para servirse mejor; posee una seguridad extraordinaria para esperar la pelota y engancharla de revés aire cuando va pegada á la pared; cruza el juego con singular destreza, extiende mucho por elevacion y coloca magistralmente.

Su gran inteligencia y su pasmosa serenidad se revelan sobre todo en los momentos en que las violencias de la lucha hacen atrasarse al delantero para defender con la bolea, atrás, al zaguero que ha tenido que adelantarse. En esos instantes, Tandilero, que desde la zaga domina la situacion, viene á los seis cuadros, pide á su delantero la pelota, y, con un zarpazo olimpico, la corta sobre la raya, donde nadie la puede recoger. Es tanto seguro; cuantas veces ha ejecutado en Jai-Alai esa jugada maestra, recuerdo de las de Mardura en sus buenos tiempos, se ha apuntado un quince Tandilero y ha recibido una ovacion.

Y en toda esa suma de cualidades que colocan á Tandilero entre los primeros zagueros del dia, no se ve jamás el esfuerzo, no hay en él contracciones violentas, escorzos inverosímiles; es un juego gris, opaco, sometido á la razon pura, si vale decirlo, y que por esa misma causa produce mayor efecto.

Sostener, como lo ha sostenido Tandilero, el juego terrible, abrumador de Irún y de Portal sin resentirse en lo más mínimo, es hacer de Pedro Echeverría su mayor elogio.

Si, cuando entra en juego, le han vencido, ha sido por la resistencia, no por la habilidad. Es un jugador tierno y tiene que ceder á las largas; pero, aun cediendo, se le ha visto y verá muchas veces ser el héroe del partido y conquistar más palmas que el mismo vencedor.

Un pelotari, en resúmen, que conoce su principal flaco y lo defiende brillantemente con la copia de grandes cualidades que antes he apuntado, es jugador de primer orden, acreedor á todos los encomios y que tiene muy bien ganada su celebridad.

Quizá no llegue á corregir nunca la falta de sangre, pues sabido es que, *quod natura non dat, Salmantica non prestat*; pero aún es jóven y puede ganar en resistencia para contrarrestar la de colosos como Portal é Irún.

De todas suertes, Tandilero se ha captado, en estas provincias y en Madrid, grandes y merecidas simpatías; sus admiradores son numerosísimos, y de la maestría del célebre pelotari queda el recuerdo, y con él la pena de verle marcharse con sus compañeros á Buenos-Aires.

Los cuatro han dejado bien puesto en España el pabellon, y el público les ha recompensado dignamente, correspondiendo al cariño que Irún, Portal, Muchacho y Tandilero tienen á esta tierra donde se les quiere y admira más que en parte alguna.

Me consta que se marchan con pesar y agradeciendo de todo corazón la benevolencia con que los aficionados les han tratado en San Sebastian, en Bilbao, en Madrid.

Para terminar este boceto, último de los que he dedicado á las dos parejas, les repito en letras de molde lo que verbalmente les dije al terminarse el último partido de Jai-Alai.

—Podeis marcharos orgullosos, porque habeis realizado el prodigio de mantener entre los cuatro el interés y el entusiasmo de todos los frontones de España durante todo el verano.

Y ahora agrego lo siguiente:

—Habeis jugado en San Sebastian un partido á beneficio del Asilo de los Niños pobres, y os disponeis á jugar otro en Madrid para socorrer á los inundados. Los partidos que ganeis con el brazo se olvidarán, que todo se olvida en este mundo. ¿Sabeis cuáles se olvidarán difícilmente? Los que ganeis con el corazón.

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

Irún y Septiembre á 20 de 1891.

